

El lector. La película

Francisco José García Lozano

cine

*La sombra del nazismo y del
holocausto es alargada y el
entramado moral de sus
consecuencias un pozo sin fondo.*

*Si tomamos en consideración
las palabras de Weisel de
«que en Auschwitz murieron
el hombre y la idea de hombre»,
¿cómo restaurar esa pérdida?*

*Un tema grave, emociones
profundas y conflictos de por sí
irresolubles se pasean por El lector,
último film de Stephen Daldry.*

Stephen Daldry (1960, Dorset, Gran Bretaña) antes de director de cine fue un prestigioso director de teatro. Debutó con ímpetu con la refrescante *Billy Elliot* (2000), recibiendo más de 40 premios por todo el mundo y tres propuestas a los Oscar, incluidos el de Mejor Director. Culminó su talento en su segunda película, *Las horas* (2002), que también fue galardonada con numerosos premios internacionales y nueve propuestas a los Oscar y once a los BAFTA. En ambas demostró un gran nivel en la dirección de actores, y ser un más que digno narrador de historias melodramáticas y profundamente íntimas que repite en ésta su última propuesta.

The Reader, basada en la novela homónima del escritor Bernhard

Schlink, nos traslada a un momento de la historia crítico y a un escenario clave: la Alemania de estos últimos 50 años, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1995, una temática que anualmente nos deja dos o tres propuestas interesantes: históricas como *Valquiria* de Bryan Singer o *Resistencia* de Edward Zwick, hasta propuestas más actuales como *La Ola* de Dennis Gansel, basada en un hecho real reflejando lo fácil que es reinstaurar un sistema autárquico en pleno siglo XXI.

El lector narra una historia de amor y redención a través de varias décadas, Daldry vuelve, al igual que en su anterior film, a mezclar tres hilos argumentales separados en el tiempo, indagando en cuestiones como la responsabilidad, la culpabilidad, las marcas imborrables del amor y, sobre todo, el sufrimiento a través del conocimiento.

Dos actores interpretan al personaje masculino: el joven David Kross y el británico Ralph Fiennes. Kross y Fiennes encarnan en diferentes épocas a Michael Berg, un adolescente de 15 años que comienza una apasionada relación sexual con Hanna Schmitz (Kate Winslet), una mujer que le dobla la edad y que trabaja como revisora de tranvía. En sus encuentros amorosos, el chico suele leerle li-

bro en voz alta a la mujer, que escucha los relatos con inusitada atención. Michael y Hanna disfrutaban del sexo y la lectura durante todo el verano. Un día de septiembre, sin embargo, ella desaparece sin dejar rastro. Con su desaparición toman forma esas palabras que ella le dirige en una discusión: «No puedes hacer que me enfade. No me importas lo suficiente», una performatividad que en su momento permanece latente pero que, sin embargo, determinará la construcción subjetiva de la personalidad de Michael en el futuro.

Ocho años después se reencuentran en circunstancias muy particulares: Michael es un estudiante de la facultad de Derecho que asiste a un juicio contra crímenes de guerra cometidos por los nazis en los campos de concentración. Michael descubre en 1966 lo que desconocía en ese verano de 1959. En este tramo el film ahonda en las cuestiones morales más interesantes. Michael, perteneciente a la generación de los hijos de quienes encubrieron o participaron en aquel horror, se encuentra ante el dilema de entender quién era aquella mujer y por qué participó en tan terribles crímenes contra la humanidad.

El conflicto entre su experiencia emocional y el peso de la culpa que gravita sobre el reciente pasado se

vuelca en la causa que está siendo juzgada. Ahora, el conflicto que no le pertenecía por edad se convierte en un conflicto personal que se introduce de lleno en su conciencia. Aquí nace una ambigüedad que toma especial protagonismo. Para él una amarga existencia y para ella un sentimiento de culpa y vergüenza. Ambos se vuelven presos de la soledad, de traumas de difícil sanación. Comprensión y condena son los dos términos entre los que se mueve la acepción de la experiencia del protagonista.

En este momento surgen las preguntas más interesantes para el protagonista y el espectador. El silencio de Hanna durante el juicio, con observaciones tan pueriles como sencillas, dan las claves a Michael de aquella relación y al espectador se le plantean preguntas de difícil resolución: ¿están justificados los actos de la acusada si ésta no sabía realmente lo que hacía? ¿Puede uno seguir queriendo a la persona amada aún después de descubrir que ha cometido un crimen imperdonable? ¿Es el amor suficiente excusa para perdonar? En este sentido resulta ejemplar la relación que Michael mantiene con el profesor Rohl (Bruno Ganz). Llegado a ese punto, insinúa qué es lo que conoce de la historia de Hanna, pero no es capaz de dar el paso necesario para cambiar la si-

tuación. Más allá del fallo del tribunal, es el silencio de Michael el que condena a Hanna.

En su tercio final, en el que Ralph Finnes da vida al atormentado Michael, es donde se aprecia mayor frialdad y donde el dramatismo profundo y absorbente del comienzo se torna más distante, en la for-

*una vez más aparece ese
corte psicológico entre las
acciones que ellos no niegan
y la responsabilidad moral
que de ello se deriva, como si
la responsabilidad hubiera
que adjudicarla al sistema
del que ellos sólo eran un
engranaje y cuya bondad o
maldad se juzgara solo en
clave de eficacia*

ma de ese lector que continúa leyéndole libros en la distancia, vertebrando y dando continuidad a esa historia de amor, rompiendo las barreras físicas del espacio y el tiempo. Paso del tiempo que ha cambiado a Michael y a Hanna, pero su conexión sigue viva, marcada por ese pasado que compartieron juntos y con el que ambos han jugado de forma diferente.

Al espectador le asalta la duda de si las palabras que Hanna Arendt evoca analizando una anotación de Dostoievski en su *Diario* se cumplen en la protagonista o no, la cual menciona que «nunca encontró, entre las decenas de asesinos, violadores y ladrones, un solo hombre que reconociera haber obrado mal». Respuesta que parece lanzada de soslayo casi al final cuando Michael se reencuentra cara a cara con Hanna y le pregunta si ha aprendido algo en sus veinte años de prisión y ella le responde que «Sí. Aprendí a leer».

Una vez más aparece ese corte psicológico entre las acciones que ellos no niegan (no negó en el juicio) y la responsabilidad moral que de ello se deriva, como si la responsabilidad hubiera que adjudicarla al sistema del que ellos sólo eran un engranaje y cuya bondad o maldad se juzgara solo en clave de eficacia.

El lector alcanza momentos sublimes e intensos, aunque en su conjunto es muy contenida. El intimista y delicado trabajo del joven compositor norteamericano Nico Muhly (Vermont, 1981) dan un toque dramático con ajustadas tonalidades conforme evoluciona la

historia. Sin duda, es una película de personajes donde sobresale por sí sola Kate Winslet, con una actuación llena de matices y sutiles gestos llenando de verosimilitud la historia. *El lector* consigue un difícil equilibrio, resultando aleccionadora pero sin llegar a ser maniquea. Una historia en la que Daldry nos muestra una vez más su indiscutible capacidad de explorar sentimientos firmando una película que podemos considerar, por momentos, brillante.

Ficha técnica:

T.O.: «The Reader».

Director: Stephen Daldry.

Nacionalidad: USA-Alemania.

Duración: 124 minutos.

Fotografía: Chris Menges y Roger Deakins.

Música: Nico Muhly.

Intérpretes: Kate Winslet (Hanna Schmitz), Ralph Fiennes (Michael Berg), David Kross (Michael, joven), Lena Olin (Rose Mather/Ilana Mather), Bruno Ganz (profesor Rohl), Alexandra María Lara (Ilana, joven), Matthias Habich (Peter Berg), Susanne Lothar (Carla Berg).

Web oficial:

www.thereader-movie.com